

## FLUCTUAT NEC MERGITUR

*Es el lema del escudo de París, la antigua Lutetia que, de capital de los parisii, pasó a serlo de una gran potencia, aún con destacable rango mundial, tras de mil vicisitudes. Pues bien: podría ser aplicable a la actual trayectoria exterior española, en este último cuarto del siglo XX, donde queda grande el clásico Plus Ultra de las armas hispánicas, por motivos semejantes a los que afrontan tantas cancillerías y diplomacias, de poderosos y pequeños, llevados por el rumbo—imprevisible, irreversible o ambas cosas—de los acontecimientos mundiales, que alcanzan, en varia medida, pero cada vez más hondamente, como temporal, los grandes problemas con los que se enfrenta la Humanidad, distribuida en Estados, organismos internacionales y grupos sociales. Ni los poderosos—prácticamente, dos más otros dos en discutible cortejo—ni los demás, crecientemente igualados a los efectos de lo que se llamó weltmacht, dirigen su difícil navegación por el mundo. Les basta con seguir a flote sin hundirse; con mayor motivo, a los que no somos poderosos, y en algunos casos—entre los que nos tememos que se cuente nuestra Patria—, de manera esforzada.*

*En diplomacia comenzó siendo falso lo de «cuando uno no quiere, dos no riñen», porque no fuimos nosotros los que provocamos el rosario de fatídicos conflictos que jalonan las paces de los Pirineos, Utrecht y de París (1814-15, 1898). No bastó nuestro apartamiento de las empresas exteriores—«recogernos en nuestra tienda», diría Madariaga—para que nos salpicaran, y mal, las dos guerras mundiales; ni nuestra práctica exclusión del reparto del mundo, para que no hayamos tenido—y tengamos—problemas de «descolonización» desproporcionados en el contraste de su gravedad con el objeto en sí. Ni nuestro pacifismo made in Genève impidió el pluri-intervencionismo agravador de nuestra guerra civil; ni la inocuidad de la fraseología altisonante posterior a 1939, combinada con resignaciones dignas de la línea de un santo, para que las peores intenciones de los belige-*

rantes provocaran el ostracismo y las tentativas de asfixia (vivos ambos: el primero, por los nyet otanianos, y las segundas, por la perenne hostilidad de las comunidades europeas). Es un milagro continuo, que percibirán los futuros historiadores, que el Estado español, progresivamente apartado de Africa, soportando a Gibraltar, paciente en el Pirineo y generoso hasta la prodigalidad en albergar bases extrañas, fluctúe, es decir, se mantenga a flote, y no se haya hundido ante tan graves y continuados temporales. Motivo no para envanecimientos peligrosos—el triunfalismo es el opio de los que sólo se miran al espejo—, sino para preocupación y precaución continua, y no pasiva, en el buen sentido de ambos conceptos: ni derrotistas ni adormecedores o deformadores. En fin, pasemos de los términos generales a los problemas más concretos, sin que las particularizaciones hispánicas nos hagan olvidar su conexión con el momento mundial y sus oscuras perspectivas.

\* \* \*

El mundo occidental vivió, al aproximarse el primer milenario de Cristo, los «terrores» que sobre su apocalíptico fin nos han legado Chronicas y relatos. Pero el mundo—y en esto sí que uno, como sostenía Willkie—suda ante los terrores del segundo bimilenario, extendidos con imprecisión cronológica, que los hace más desesperantes. Superpoblación, recargada en los países pobres y resentidos, dueños de unas materias manipulables más que para capacitaciones para ser aprovechables. Agotamiento de recursos, a los que toda la fanfarria propagandística de los ersetzen logrados por el avance técnico no ha restado un ápice de su gravedad. Desequilibrio sectorial acentuado, combinado con el más demoledor relativismo moral y con la propagación continua de doctrinas materialistas, antiestáticas, ligadas per se a una propagación que ni ha sido ni puede ser pacífica, pese a los pesados y ya irritantes tópicos de la «coexistencia de sistemas». Y como supervivencia, cuyo anacronismo lo hubiera hecho gracioso de no ser peligrosos detonantes de los conflictos mayores, muestras de los otros, los viejos conflictos «convencionales» o «localizados» (?) a cada paso; anárquicamente y abriendo heridas cuando acababan de cerrarse trabajosamente.

Nos ha tocado un mundo áspero, pero vamos a legar a nuestros sucesores otro peor, y que no sabemos cómo calificar. En medio de una hojarasca, escasamente desorientadora, de organizaciones, agencias, tratados, asistencias, programas, «recetas» y encontronazos, que reputamos felices cuando no ofrecen la faz trágica del mundial de 1939-45, o del más mo-

desto de Indochina de 1940 a 1973. Diríase que, con unos y otros, el mundo ha retrocedido siglos, viviendo episodios dantescos, que los optimistas daban por superados; ya no son las pestes, pero sí los «trasplantes ordenados»—frase de Potsdam—de masas; las armas metanucleares; la corrosión por sistema del vecino y del que no lo es; que nada permanezca estable o en vías de mejora. Duros calificativos que muchos lectores rechazarán, como nosotros deseáramos hacer, si no fuéramos demasiado viejos—y un poco informados—del entresijo real de lo que paradójicamente se llama «vida internacional».

Ante ello desechamos la lógica y el cálculo usuales. Nos quedan los refugios sobrenaturales de pensar en que la Providencia sigue existiendo, no siempre para nuestro placer.

\* \* \*

Se dice que los males exteriores de España son—más ahora que nunca—el reflejo de sus problemas interiores; por cierto, algunos estructurales y geonaturales, o sea, que ni de ayer ni para remediar mañana. Sin desviarnos de nuestro objetivo—internacional—, no desconocemos que, por causas múltiples, el régimen español, pese a sus cuarenta años, que implican evolución continua, suscita una convergencia de antipatías externas de poderosas fuerzas oscuras; alguna vieja conocida, otras nuevas; y de poderosos intereses de Estado (éstos, en su mayoría, conocidos). La cosa es añeja, pero difiere de las clásicas «leyendas negras» desde la Inquisición y Las Casas a Ferrer—este episodio, en tiempos constitucionales—, y nos recuerda que, por si romper el dogal tratáramos de hacer el gusto al exterior, los patrones exigidos serían varios, las exigencias de interpretación no acabarían nunca—satelitismo, versión de neocolonialismo—y que el objeto es mezclarse aviesamente en nuestras cosas, bajo cualquier motivo, porque la invasión de 1824 se produjo por ser liberales y no absolutistas. No, nos toca a nosotros graduar en qué—sin daño interno—podemos acortar diferencias con Europa, por ejemplo, porque nos convenga, no sólo por complacer a gentes de mala voluntad. Los que se ruborizan de que no se pueda aquí colocar una bomba o predicar el despedazamiento nacional, y mantienen el genocidio legal del Ulster, el silencio de sus minorías nacionales de Brest y Bolzano o Calvi y esa costa vasco-francesa, «santuario inviolable» del terrorismo para el vecino, en donde no se quiere réplica que turbe a los visitantes de cines, casinos y boutiques. No hay nadie que crea

que Hassan mantiene más libertades que Franco, ni que el «plebiscito» de la Micronesia ex española vale —como el británico en el Gibraltar prefabricado—, y no valdrían los del Sahara; ni algo semejante para Ceuta y Melilla. El problema no es de argumentos o hechos, y por eso hemos omitido toda cita, no ya a las «democracias del Este», sino a las prácticas democráticas que florecen al sur de Europa, en la vida cotidiana de Portugal, Italia, Grecia, Turquía y otros casos. El problema es de réplicas, si se pueden dar, y de jugadas diplomáticas que intentar.

\* \* \*

¿Que el papel de España sube, por una ley física, al bajar el de otros miembros de la OTAN? Reparto de papeles: la OTAN lo calla y acentúa sus condenas —segura de nuestro servicio indirecto—, y Estados Unidos nos dicen que ellos tienen el monopolio de los pactos con España, y, por tanto, que hay que «tomar o dejar» lo que quieran. Nada de tratado; elección suya de bases, y decisión suya sobre contrapartidas, simbólicas y a prueba. ¿Que los productos españoles hacen falta a una Europa escasa, como casi todo el mundo? Proteccionismo ultramedieval en el paquete de negociaciones «con los mediterráneos» (único europeo: España), dilaciones, medidas extralegales, etc. No resolveremos nada cantando a coro «queremos ser europeos» y «contribuir a la defensa de Occidente». Si pudiéramos, obrando en consecuencia. Si no nos caben recursos defensivos, a «capitular» —nuestros abuelos se levantarían contra el vocablo—, pero ello no sería la panacea, sino la introducción de algunas comodidades con agravación de muchos daños.

Y en cuanto a Africa, en vista de que anunciamos —de golpe— nuestra futura marcha de Sahara, como no se puede regalar íntegro y por triplicado a los tres aspirantes (¡pobres saharauis, qué poco cuentan para sus vecinos!), arremetida en común contra España —y no siempre pacífica— para acabar urdiendo en secreto un vulgar reparto entre codiciosos, como conocimos tantos, desde Rosellón y Polonia a Tirol y Palestina, y puede que a Chipre. Y mientras Gibraltar «goza de buena salud» colonial-imperialista, nubarrones sobre los pacíficos ceuties y melillenses, tataranietos de gentes instaladas para ejercer profesiones corrientes. Sin eco exterior a nuestra limpia postura, ni de amigos, ni de enemigos. La «amistad árabe» suena a silencio a ratos; demasiados. Como la occidentalidad (?).

*Reconocemos que es fácil criticar y difícil solucionar, pero nadie cree que España no pueda hacer nada internacionalmente. Si se encierra en una idealista postura, y desperdicia opciones —o tanteos—, se cierran sus ya difíciles posibilidades. Si adopta posturas de bondad defensiva, ya concede mucho por anticipado. En un mundo donde nadie respeta nada, cuesta creer que sólo nos quepa soportar una y otra vez, y esperar. ¿Qué? No, si la corrección paciente excita, en vez de aplacar; estudiemos y ansayemos lo que quede a nuestro alcance, que sería corriente para estos tiempos. Y mejor contar con nosotros mismos que con espejismos viejos. O con quien sea, si es efectivo. España no puede hacer todo lo que necesitaría, pero sí tiene recursos que emplear sin dilación, ni temores terribles en sí.*

*«Los árboles no dejan ver el bosque». Aislamiento, asfixia y hostigamiento contumaces ni nos dejan ser occidentalistas ni nada, ni sentir los terrores mundiales del bimilenario. Estamos muy ocupados con nuestros problemas concretos de cada día. Que el sabio mundo se salve de aquellos terrores. Nos basta con flotar y que no nos sumerjan, pero en lo posible navegando por nuestra cuenta.*

*J. M. C. T.*



*ESTUDIOS*

